

"En el origen de todo está el miedo".
Roland Barthes



La visualidad está logrando su máximo poder en estos tiempos. La mentalidad visual domina a la mentalidad intelectual.

El ojo humano, órgano del privilegio, "plotea", barre durante 16 horas diarias, promedio, el entorno. Restando claro está, los tiempos de parpadeo, cada vez menos frecuente, dados tres factores:

- El marketing
- Los rayos catódicos de las pantallas electrónicas
- La violencia

Los shoppings y los supermercados presentan, en su *mese en escène*, un estímulo tan irresistible para los ojos que le impiden entre luces, ofertas, packaging, carritos que se chocan, parpadear naturalmente.

El otro factor de nuestra disfunción ocular es el televisor. Los rayos catódicos que emite la pantalla, son artillería luminosa pesada, la emisión continua de luz no nos deja tampoco parpadear naturalmente.

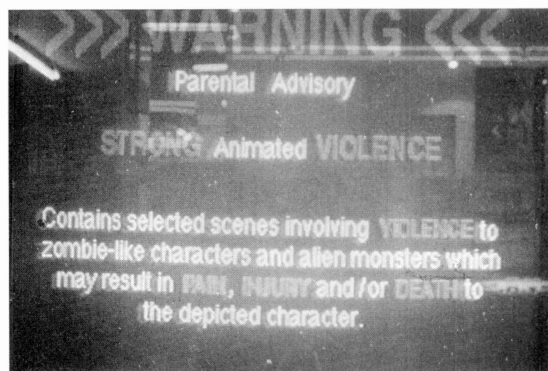
El tercer condicionante de nuestro parpadeo es la violencia: social, estatal, familiar, verbal, no verbal, física, psicológica, relacional, hace que permanezcamos en alerta, despiertos, también en nuestros refugios, en nuestras guaridas. La desconfianza, el miedo, el riesgo de una situación inesperada, agota nuestro sistema nervioso desde nuestros ojos abiertos, siempre alertas, despiertos.

El parpadeo, ese gesto humano, sensual y confiado que nos permite, por segundos, sentir la oscuridad, reconocer nuestra interioridad, volver a conectarnos un instante con nuestros sueños; nos está siendo negado. Si consideramos también la prolongación del día con la luz artificial, nuestro tiempo de alerta se extendió respecto de las dos generaciones que nos precedieron.

De eso se trata. Hoy tenemos que ser chicos **despiertos**. Eso es signo de inteligencia y vivacidad. En realidad, de sobrevivencia.

El que cierra los ojos, pierde; aumenta el riesgo. Los ojos cerrados ponen en evidencia nuestra vulnerabilidad.

Transitan hoy, como nunca antes en la historia de la especie humana, infinitas imágenes delante de nuestros ojos. Inevitables.



A consecuencia de nuestros perplejos ojos abiertos, no sólo transitan, sino también los penetran, indiscriminadamente. Lo que es más temible, llegan todas a nuestro cerebro.

Sin ordenar, sin clasificar, asistemáticamente, cuantos de luz coloreada agrupados, dando forma a los más diversos objetos, acciones y mensajes invaden nuestras zonas más propias, más íntimas: el consciente, el subconsciente y nuestro inconsciente se alimenta, abundantemente, de estos estímulos luminosos, cargados de sentido.

La imagen

El término imagen deriva de IMAGO (equivalente en latín a *ossa, de osario/osamenta*). La imagen procede de la ultratumba, "representa" al ancestro y lo aquieta allí, para que no vuelva a molestarnos.

Es irremediable su vinculación con una dimensión mágica pero no intenta hechizar sino liberar.

Surge hace 30.000 años antes de Cristo "en el punto de encuentro entre el pánico y un inicio de técnica".

La imagen también tiene raíz en la palabra IMITARE, porque representa eso que no está.

"Representar es hacer presente lo ausente", la imagen en la acción de imitar "alivia la pena". (Regis Debray)

Cada época dio su respuesta: estilos y procedimientos, etnias y filiaciones; cada cultura imitó, reemplazó su pena, con imágenes.

La imagen es un signo imposible de comprender en términos de lenguaje.

Tiene sintaxis, esto es una "gramática"; un orden sistemático, pero no está formada por una combinación de signos y su interpretación depende de lo que tengan en común el presentador y la audiencia.

La imagen no emite, en realidad, mensajes, eso lo hacen las palabras, emite símbolos que afectan e influyen a la cultura que las produce y que las usa.

La mirada

La imagen es impávida, inerte y estable, sólo se activa a través de la mirada.

"Mirar no es recibir, es ordenar lo visible, organizar la experiencia" y asignarle a lo visto un sentido.

En esta época, es la acción en la que más confiamos, a la hora de buscar garantías de verdad.

La mirada si es activa y es alerta, sólo vale despierta y sus registros y su memoria alimentan nuestros miedos, nuestros sueños, nuestros deseos y nuestra imaginación.

"Si no lo veo no lo creo" y la realidad se confirma para nosotros casi exclusivamente a través de ella.

La mirada informa, registra y sobretodo memoriza, "retiene", dice Ronald Barthes. La tensión entre la imagen observada, el ojo y aquella neurona del cerebro, sostienen una conexión extasiada, un segundo de fascinación, de encantamiento entre lo percibido y nuestro registro de memoria.

Expectante recogiendo datos de afinidad, filiación, amabilidad, informando sobre los posibles riesgos y las deseadas seguridades, llegando al ensimismamiento.

El éxtasis se prolonga hasta la próxima distracción, anticipada por un parpadeo y su persistencia depende del grado de pánico o de afectividad que la imagen despierte.

La mirada también es un arma que empuña el autoritarismo para imponer el silencio y el orden. La fuerza de una mirada, su persistencia, su intensidad puede debilitar la del oponente, que bajará los párpados en señal de sumisión. También lo hará el enamorado declarando el triunfo del conquistador.

La mirada pone distancia y crea un espacio que no será invadido por un otro, excepto que se ejerza violencia o que se evidencien señales de autorización.

Así la mirada nos permite, como un radar, controlar la realidad y contener en cuanto se manifieste el primer indicio de invasión o provocación.

Pero esta función de la mirada natural casi instintiva, fue ampliándose, sin perder lo esencial, con las transformaciones culturales que la especie humana va sufriendo, en especial los occidentales, convencidos de poseer el monopolio de la realidad nos permitimos desarrollar con asombroso éxito la tecnología, paradigma de la comprensión y el control del mundo material, colocando a la ciencia como nuestra religión y aceptando en general sus discursos como dogmas.

Desde hace 102 años, con la creación del cine, afirma Paul Virilio, occidente se dió permiso para desplazar el interés de la mirada y funda un nuevo espacio de percepción, de influencias antropológicas y culturales jamás imaginado, de tal magnitud que de la mano de la economía y de la computarización integran al planeta en una única cultura generalizando e imponiendo modelos dominantes de un modo, nunca antes practicado por conquistador alguno.



Antes estábamos **delante** de la imagen, ahora estamos **en** lo visual. La forma flujo luminoso no es una imagen para mirar, es el ruido de los ojos, porque lo visual se convirtió casi en ambiente sonoro.

La mirada ahora se retira, retrocede, se abstrae. El poder catódico de la televisión alimenta el imaginario colectivo, para todos los gustos: telenovelas, documentales, noticias veinticuatro horas, películas, clips, fútbol, sesenta canales, cien canales, ciento cincuenta canales, nos mantienen conectados con el mundo.

No tener televisor hoy es impensable. La televisión inventó otra realidad. También las computadoras utilizan el soporte pantalla para crear los universos sintéticos que ya son más realistas que el mundo real.

Ahora la mirada reposa serena, impassible, sin alertas, sintética, sin riesgos sobre una pantalla de veinte pulgadas a todo color, largas horas del día y de la noche mimetizándose con la virtualidad.



El tiempo

Para este modelo no hay tiempo, sólo se trata de presentes simultáneos. Hoy no hay pasado y no hay todavía futuro, por cuanto no hay memoria, ni espera.

Queremos creer, contradiciendo todas las concepciones teológicas, físicas o psicológicas que vencimos al tiempo. Circunstancia aparente del eterno mito de luchar contra él y la sensación esperanzada de habernos librado de su peso, porque sólo el tiempo aplasta y mata.

Esta "*salida del tiempo*" (Mircea Eliade) es una necesidad existencial del ser humano. Dominarlo todo, incluso el tiempo, sentir la apariencia de no vivir el tiempo histórico y personal; es un mérito singular y justamente adjudicable a la videocultura.

Contra lo eterno, el instante. Una medida igual de absoluta.

Los antiguos filósofos pensaban que el universo era eterno e inmutable.

Esta visión del universo estático, gravitacional, sustentó a las ciencias hasta comienzos del siglo XX, pero la ciencia en general hoy, demuestra que el universo es dinámico y está en constante evolución.

El tiempo recupera su sentido como "*la fuerza de la vida*", pero también es absoluto, es infinito.

"Bajo el signo de recuperación de la importancia del tiempo y de los procesos irreversibles se puede construir una nueva alianza entre el hombre y la naturaleza" afirma Ilya Prigogine.

Esta reconciliación y este reencuentro son necesarios si coincidimos en aceptar:

- que el tiempo existe mal que les pese a los contemporáneos;
- que la relación mundo natural/ mundo artificial está quebrada ante la evidencia del desequilibrio ecológico que soporta el planeta;
- que el ser humano perdió su escala al reducir su existencia a materialidad y tecnología.

El tiempo, bajo esta óptica, es continuo, ilimitado, homogéneo y fluye unidireccionalmente y siempre del mismo modo.

Las premisas están cambiadas, el control que el hombre cree ejercer sobre el tiempo le hace perder el concepto fundamental, **el tiempo es quien lo conduce.**

Pero hoy el vértigo, la velocidad, la uniformidad, no nos dejan percibir los intervalos y es en la alternancia que se ve al tiempo transcurrir.

¿Qué consecuencias tiene en los contemporáneos esta existencia atemporal? ¿A qué conductas induce la videocultura? A:

- "*El imperio de lo efímero*"
- La relevancia de la mera apariencia
- El culto a la sintaxis
- Las metáforas vacías
- La confusión entre el nombre y el título
- La ignorancia por falta de pasado
- La inmoralidad por ausencia de límites

- Las conductas especulativas (propias del espejo)
- Los rasgos cínicos, nihilistas y vulgares
- La disposición al espectáculo en el límite con el escándalo
- La exaltación del ego
- La sobredimensión de la función comunicacional
- La negación de las culturas regionales
pero también todos sus opuestos.

La imagen hoy es la máscara donde se esconden las personas. Mejor dicho, hoy las personas son más personas que nunca porque llegaron al origen etimológico, **persona** del etrusco es: "máscara de actor". Mejor dicho, somos todos personajes viviendo atrás de la máscara el eterno presente. Pero siempre acecha Cronos (Saturno), el dios del tiempo, hijo de Urano y de la Tierra quien después de haber puesto a su padre fuera de estado de tener hijos, mediante un ardid tramado por su madre; tomó el trono y reinó en el Olimpo. Se casó con su hermana Rea, pero como ante la predicción que uno de sus hijos, a su vez lo destronaría, él los devoraba uno a uno apenas nacían.

Mediante una artimaña, Rea, consigue recuperar a sus hijos y Júpiter, uno de ellos lo destrona y reina en su lugar. A pesar de nuestra desmemoria videocultural desde aquella vez Cronos, por miedo, sigue devorándonos y cada tanto, un día como hoy, nuestra conciencia se sacude de inquietud y nos recuerda el mito y las deudas que antes del final, todavía tenemos con nosotros mismos.



La búsqueda de absolutos nos llevó a neutralizar nuestras variaciones y singularidades, "uniformó con el fin de lograr una acción más rápida y práctica". (René Huyghe, La noche anuncia la aurora).

Esta decisión que supone a cada individuo compartiendo modelos establecidos, está vinculado **filosóficamente** con la idea de atemporalidad; en **física**, con la concepción de gravedad contra un universo en evolución y **psicológicamente** con el acallamiento de la subjetividad.

Es hora de devolverle el centro a cada individuo.

Imaginar al "sujeto en el centro sin que su centro sea su ego" explica Nelly Schnaith en Las heridas del Narciso.

Reconocer la propia singularidad es conceder el derecho a la existencia de otras, porque el uno no se explica sin el otro.

El ser con el otro, esboza una identidad universal, en la que todas las diferencias convergen en el reconocimiento de la ajena, despertando desde cada conciencia individual una conciencia global nunca antes alcanzada.

Sin máscaras, sin caretas, cada individuo reclama en este sistema, el signo que lo re-presente, en lo "inaprensible de su variedad; en la irrepetibilidad de cada uno; en su briosa respuesta a los restos de adaptación y de creación". (Antonio Gala. Charlas con Troilo)

Tenemos derecho a tener confianza, a poder adoptar actitudes distendidas, a conseguir una mirada contemplativa y apacible sobre la realidad, a recuperar el silencio (visual). ■

Basada en la charla dada el 19 de septiembre de 1996 en el Museo de La Plata por invitación de su Fundación

Fotografías: Ernesto Domenech